

¿Cuál debería ser hoy la figura del educador?

JOSÉ RODRÍGUEZ MEDINA

I

Las presentes líneas son como un atreverse a pensar en voz alta; como la utopía que pretende se la escuche, a pesar de lo inalcanzable de sus ideales; como querer soñar en público a media voz sobre la nueva figura del educador, el que la realidad concreta vivida por nuestros hombres y en especial por nuestra juventud, está hoy reclamando.

Yo rogaría al lector que se esfuerce por descubrir lo que intentan decir mis palabras, más aún, que adivine lo que quisieran decir, que atisbe aunque sólo sea de lejos las alusiones que apenas se perfilan o sólo insinúan las palabras, porque las limitaciones del lenguaje impiden expresarlas con claridad meridiana. Que «dialogue» y no sólo se «encare» conmigo.

Esta es mi pregunta: *¿Cuál debería ser hoy la figura del educador? ¿Qué notas han de caracterizar su fisonomía, su personalidad, su modo de ser?*

Nuestra puntería no se dirige aquí a ningún tipo de educador en concreto: de niños, adolescentes, jóvenes, adultos; no se refiere a religiosos o a seculares. Preferimos, con todo, que el lector tenga a los jóvenes como punto de referencia al hacer sus aplicaciones.

Nuestra intención se ciñe sólo a señalar los rasgos constitutivos de aquella persona, hombre o mujer, que juzgamos más apropiada para educar a quien quiera que sea, en nuestra época; del educador que a ésta se acomoda. A cada uno le toca dar después el paso ulterior: aplicar en concreto estas notas al educador de juventudes, al maestro de adultos, sean religiosos o seculares, al verdadero guía de unos y de otros, posea sobre ellos autoridad inata o jurídica, o incluso carezca de ambas.

Aquí prescindimos del mandato que constituye legalmente a ciertos educadores en «superiores» enviados como tales. Prescindimos, por tanto, también de los elementos canónicos. No los menospreciamos. Los tenemos, para nuestro propósito, como menos importantes y decisivos que los valores personales, por situarse a distinto nivel. Añadiría yo aquí que la tarea de educar sólo debiera encomendarse legítimamente a quienes poseen tales valores, al menos en grado suficiente. Son éstos los que constituyen el ser profundo del educador como tal. Sólo en ellos nos fijaremos. Lo que nos importa es la capacidad efectiva, no sólo supuesta, para encaminar al hombre al descubrimiento de la verdad, del bien y de la felicidad. Esa capacidad constituye la substancia del ser educador.

Ya desde el principio y a modo de «flash» afirmamos que *educar el hombre que a fuerza de observar, de vivir y de amar, ha conseguido entrañar en sí aquella especie de sabiduría profética y cósmica que convierte su decir y vivir dentro del mundo, en encarnación y resumen de cuanto la humanidad entera anhela para sí, de modo immanente*. Todos barruntan, sin poder definirla, la categoría superior de ese hombre: en él ven plasmado el ideal de su propia existencia.

Los modos de ser y de actuar constituyen en el hombre de nuestro tiempo los puntos de llegada y el fruto sazonado de una serie de causas de diversa índole. Así, la cultura más amplia, más pluralista, más omnicomprendiva, abarcadora de valores nuevos y desconocidos por generaciones anteriores, está reclamando contenidos y formas nuevas de educación que incluyan en su dinámica interior las expresiones valorativas de la nueva cultura. La técnica moderna crea instrumentos nuevos que facilitan y potencian nuestra capacidad de relación y de engarce con las cosas, con las personas, con los valores, incluidos los supremos.

Existencialmente hablando, el hombre se valora y en cierto modo se define por las aportaciones que le procuran sus facultades. Ahora bien, las facultades humanas —intelectuales y sensoriales— tienen hoy nuevos e inmensos objetos de aplicación, desconocidos en épocas anteriores. Por eso adivinamos estar asistiendo a la aparición de un hombre nuevo.

Esta realidad, apenas bosquejada aquí, indica que hemos de edificar la tarea educativa desde presupuestos inéditos. Los hábitos operativos antes en los educadores, las formas que modelaban en

otro tiempo las relaciones educador-educando, los moldes magisteriales en que se plasmaba la comunicación del saber, los conceptos mismos de formación, crianza, adoctrinamiento, disciplina, saber, preparación para la vida... deben dar lugar a otros hábitos, relaciones y moldes, que el sentido realista de la creatividad irá dictando.

II

La teología profunda sobre el Verbo Encarnado y Redentor nos va descubriendo que la nueva situación y la nueva estructura del hombre son hechos históricos ineludibles, los cuales constituyen para nosotros el marco, el terreno nutricional y aun parte integrante de nuestra salvación; son signo y expresión de la llamada de Dios en el tiempo presente. Se imponen, pues, a nuestra fe como don de Dios y a nuestra esperanza y caridad como quehacer educativo. Están ellos también exigiendo a gritos nuevos ejemplares, nuevos dechados de educador, cuyos componentes esenciales sean algo así como la resonancia armónica de los componentes producidos por la acción y reacción frente a la vida de los hombres actuales.

Esos nuevos modelos educativos se verán condicionados por los valores teológicos y antropológicos más acariciados en nuestra época; por los aspectos de la revelación hacia los que el hombre se siente hoy más atraído e interesado; por la estructura presente de la sociedad y por nuestra actividad en ella; por las formas de vivir y de relacionarse.

Las épocas clásicas, caracterizadas por la estabilidad en todos los ámbitos —teológico, moral, geográfico, cultural, técnico, económico— necesitaban y crearon educadores ricos en saberes ideológicos; claros y rectilíneos en sus enseñanzas; seguros e inapelables de sus principios: aptos para iluminar con su doctrina y existencia —sobre todo con aquélla— el caminar estable e idéntico a sí mismo, del hombre, durante generaciones y siglos.

Se necesitaban entonces educadores que ahondasen sucesivamente el mismo surco tradicional; vueltos al pasado, a los datos objetivos heredados de los «mayores»; en lugar de señalar con el dedo otros posibles caminos y de iluminar otras cuestiones fronterizas que sólo rara vez afloraban. Su palabra, escrita u oral, co-

mentaba los escritos de las ilustres figuras paradigmáticas del pasado y reproducía o glosaba muy de cerca la Palabra de Dios en su expresión bíblica o en las fórmulas esculpidas por los teólogos. Cualquier intento de integrar elementos no aceptados desde antiguo por esa sociedad estable, conmovía los pilares básicos de su estructura; se rechazaban esos conatos de novedad, por instinto de la propia supervivencia. Tanto la herejía como la lucha abierta, despiadada y sin matices contra ella, caían dentro, lógicamente, de la dinámica dialéctica y de la sicología de aquellos hombres ¹.

Es significativa a este respecto la frase de Chesterton: «La herejía es una verdad que se ha vuelto loca», porque el silencio y enemiga de su ambiente se negaban a prestarle atención y a reconocer las posibles salidas hacia un futuro mejor que aquella verdad, más o menos incompleta, entrañaba.

Las épocas autoritarias y monárquicas consagraban la verticalidad en el gobierno, en el poder y ante la ley. El individuo se dirigía a sus superiores y educadores para solicitar de ellos principios seguros, normas fijas, y para declinar así sobre ellos hasta el extremo las propias responsabilidades.

Estas épocas producían educadores celosos de su prestigio, conscientes de que los fallos y desfallecimientos no se avenían con su misión, y propensos a ocultarlos o a negarlos, creyendo de ese modo garantizar mejor la verticalidad que representaban en lo político, en la relación docente con los educandos. Estos educadores tendían a acreditar su figura con credenciales de origen superior, divino. El pueblo emparentaba fácilmente con la divinidad, mitificaba a sus mayores en cualquier orden: a los representantes cualificados de la autoridad, del orden, del gobierno, de la enseñanza, de la dirección en todas sus formas.

Esto es aplicable a los héroes, incluso políticos, a los conquistadores, a los santos, a los fundadores.

Guarda perfecta coherencia con esta visión de las cosas el que se impusiese como la virtud por antonomasia sobre las demás virtudes, la obediencia, y que se llegase en ella a veces a extremos absurdos. Se explica: la obediencia es la virtud que mejor salvaguar-

¹ Ver B. DUNHAM, *Héroes y herejes*, 2 vols., Seix Barral, Barcelona, 1969.

da la verticalidad, el secreto del gobierno, la inmovilidad de las estructuras, la permanencia temporal del que dirige ².

Estas épocas, escasamente estimadoras del valor intrínseco —al fin y al cabo también divino— de la persona y de su libertad, se empeñaban en tener como educador ideal el que decía la última palabra.

El engranaje doctrinal y el entramado socio-político de entonces —cultural, organizativo...— sacralizaba y trataba de justificar la figura y los actos de sus educadores y gobernantes, cuyas decisiones no se distinguían claramente de las del mismo Dios.

III

¿Qué clase de educadores necesitamos hoy?

Pasemos ahora a examinar de modo concreto las notas individualizantes que más valora el hombre contemporáneo, o al menos aquellas que a nuestro parecer atañen de modo más directo a la tarea educativa, y tratemos de configurar el modelo de educador que requieren.

1. *La existencia moderna nos ha abocado a la PLURALIDAD DESCONFORTANTE DE OPCIONES* ³.

En el campo ecuménico y doctrinal llamamos pluralismo reli-

² «... Algo parecido ocurre con el concepto de obediencia. Cada vez se va imponiendo más el trabajo profesional. Para ello no se requiere poder obedecer, sino tener capacidad para colaborar con facilidad y de un modo responsable. De esta manera, los hombres de nuestro tiempo apelan cada vez menos a las estructuras verticales de la existencia. Lo que aparece en primer plano son aquellas ocupaciones que acentúan el aspecto horizontal. En este contexto, no es de maravillar que las imágenes tradicionales que habían surgido en el ámbito de la fe y de su realización vayan empalideciendo, y que se ponga de relieve una relación con Dios que ya no insiste en el aspecto vertical de la obediencia que comporta la fe, sino en el aspecto horizontal de la camaradería y del diálogo entre Dios y el hombre. No hay que inquietarse, no obstante, por ello. Las estructuras horizontales sólo son concebibles, si se basan al mismo tiempo en las verticales. Es discutible si el concepto hasta ahora vigente de poner en práctica una obediencia intramundana y cumplir las normas jerárquicas ha llevado realmente a Dios o no. Siempre ha existido el peligro de creer sólo «in facie» en lugar de «ex corde» (Leonhard M. WEBER, *Credibilidad a partir de la fe*, en *Palabra en el mundo. Estudios sobre teología de la predicación*, Sígueme, Salamanca, 1972, p. 174).

³ «...a pesar de las profecías pesimistas de los pensadores rectilíneos, el superindustrialismo no constreñirá al hombre, no le aplastará en una fría

gioso y teológico a este fenómeno. Tiene, para nuestro caso, entre otras, las siguientes expresiones: las instituciones han dejado campo abierto a la libertad de los individuos en lo concerniente a sus comportamientos, al uso del tiempo, a las prácticas regulares religiosas..., las cuales, en otras épocas estaban rigurosamente reglamentadas. El individuo se sitúa ante múltiples opciones que dependen en la práctica de su sola y personal decisión; la libertad ideológica en sectores religiosos y profanos es un hecho de los individuos y de los grupos.

Pensemos, por ejemplo, en una casa religiosa corriente e incluso en los centros de formación de adolescentes y jóvenes, y compárese su norma externa de vida con la de hace sólo tres décadas, para no remontarnos demasiado lejos. El individuo, en mayor o menor escala, ha sido dejado a su arbitrio personal en lo referente a los horarios, a la forma de organizar la oración, la lectura espiritual, su trabajo incluso. Puede escoger sus distracciones y diversiones, sus contactos con el mundo, con la sociedad, con la cultura...

Todo ello puede aplicarse, guardadas las debidas proporciones, a los jóvenes en el ámbito familiar. El aumento de posibilidades pluralistas es un hecho real dentro de la estructura de la familia. No es infrecuente comprobarlo cuando tratamos con los padres de los jóvenes a quienes educamos en nuestras instituciones docentes: el muchacho queda dueño de su libre albedrío o mucho menos ligado que antes para disponer de sí mismo. El fenómeno comienza ya en la infancia. Con la introducción indiscriminante de los medios audiovisuales en el seno de la familia, a causa de la televisión sobre todo, han desaparecido aquellos cauces que en la práctica se convertían en necesidad social de consagrar comunitariamente tiempos fijos a la reunión doméstica. En ella entraban como in-

y penosa uniformidad; antes al contrario, irradiará nuevas oportunidades para el desarrollo, la aventura y el bienestar personales. Estará teñido de vivos colores y sorprendentemente abierto a la individualidad. El problema no estriba en si el hombre podrá sobrevivir a la reglamentación y a la standardización. Sino (...) si podrá sobrevivir a la libertad» (Alvin TOFFLER, *El «shock» del futuro*, Plaza y Janés, Barcelona, 1971, p. 203). «Irónicamente, la gente del futuro no padecerá una falta de opción, sino una paralizadora superabundancia de ella. Y podrá convertirse en víctima de este peculiar dilema super-industrial: un exceso de opciones» (ID., p. 278). «Los bienes materiales del futuro podrán ser muchas cosas, pero no podrán ser standardizados. En realidad, corremos hacia un «exceso de opciones», punto en que las ventajas de la diversidad y de la individualización son anuladas por la complejidad del proceso de decisión del comprador» (ID., p. 283).

gredientes la oración —impuesta por la tradición familiar— y determinada estructura que llevaba consigo la transmisión a los hijos de los esquemas, puntos de vista y concepción de vida que la existencia de los mayores había conformado.

Estos cauces, estatuidos con anterioridad, creaban la sensación grata de seguridad, de paz y de quietud, difícil de definir y, por otra parte, discutible, de quien cree tener garantizadas y claras las opciones más importantes de la vida: religión, destino personal supremo, amor, organización del trabajo, de los ocios y de las fiestas...

En un campo más ideológico, las doctrinas sobre la secularización —sin que entremos ahora a discutir sus razones profundas— al parecer como que han colocado a Dios más lejos de nuestro alcance; nos resulta menos familiar, de más difícil hallazgo, al menos en este primer tiempo epocal y, por de pronto, en muchas personas buenas, pero sencillas y sin excesivas complicaciones intelectuales, que no aciertan a acomodarse y a vivir la espiritualidad correspondiente a la secularización, la cual, mal que nos pese, no se halla al alcance de la mayoría, a la que le resulta difícil conseguir personalmente la síntesis vital, habida cuenta de las complejas implicaciones del momento que estamos viviendo.

Consecuencia de todos estos hechos: nos invade la sensación de desamparo, de sentirnos dejados a nosotros mismos, de estimarnos solos ante la dura tarea de elegir constantemente. Es sensación dolorosa, sobre todo si con cierta seriedad, con hondura y no dejándose conducir por la irreflexión y el azar, nos enfrentamos con ella. Incluso una vida instalada en esta última tesitura, siente con hondo pesar el espectro de la inutilidad y la sinrazón en los breves momentos de lucidez y vuelta sobre sí misma.

¿Qué clase de educador reclama esta situación pluralista?

El educador ha de asumir en sí mismo, desde dentro y positivamente, la situación descrita. Debe ser hombre sensible —con sensibilidad espontánea, integrada en lo más profundo de su personalidad— a la pluralidad variopinta de la existencia, a la riqueza de sus expresiones, encarnadas en las personas y en sus respectivas ideologías; en los diferentes lugares y en los tiempos más propicios a la afloración del misterio de la realidad y de la vida

—oración, silencio, cultura, trabajo, fiesta, ocio—; un hombre que coordine vitalmente en sí, en su corporeidad misma, diría yo, las diversas manifestaciones que asume Dios hoy para hacérsenos presente. Debe mostrarse sensible, incluso, al trasfondo ideológico y existencial que el pecado de nuestra época supone. ¿Qué significa por ejemplo, y cómo se ha llegado al terrible pecado del olvido de Dios; a la fácil condescendencia sexual en que se ha instalado la juventud; a la rebelión y la violencia como medio de liberarse de la opresión...?

Se le pide al hombre contemporáneo que incorpore a su propia persona la difícil ascesis de la selección necesaria: dispuesto siempre a entregarse con plenitud, pero libre para prescindir en el momento oportuno y para saber discernir la verdadera valoración de cuanto se le presenta como verdadero, bueno y bello.

El educador de nuestro tiempo es, en fin, el hombre que posee la virtud indefinible de abrir y afinar los ojos para captar al vuelo las chispas de verdad y de vida que se transparentan en muchas formas ideológicas y vitales, las cuales merecerían en bloque juicio negativo, si se las interpretara a la ligera y sin matizar. Me explico. Los múltiples descubrimientos del hombre moderno, más arriba aludidos, suceden a menudo de modo inorgánico, desordenado, espontáneo, violento incluso; se entremezclan en ellos de modo confuso instancias intelectuales y vitales, de tal modo que no es raro quedar con la impresión de que éstas ahogan a aquéllas, de que el afán de vivir y de gozar prescinde o arrumba principios filosóficos y teológicos esenciales que siempre han dado sentido, normatividad y sustento a la existencia del hombre y que poseen, por lo mismo, valor permanente.

Pueden examinarse, por ejemplo, los nuevos intentos de formulaciones doctrinales, las relaciones ecuménicas, los movimientos libertadores y protestatarios, las ideologías políticas, las formas hippies, las expresiones culturales o deportivas...

Todas esas manifestaciones suelen ser como aves emisarias que anuncian intempestivamente la gran marejada de sus compañeras que se nos echan encima. Barruntan o, mejor, constituyen ya los comienzos, aún poco definidos, de eras nuevas en la historia de la civilización y de la educación del hombre. Contienen profecías de futuro, atisbos de esperanza en un mundo mejor, más humano, más justo, más afectivo.

Ahora bien, la ambigüedad de su significación y el realismo descarnado de sus expresiones pueden inducirnos a caer fácilmente en la tentación de defendernos con actitudes hostiles, o a combatir las en bloque e intentar su destrucción.

Hoy, al educador se le exige el difícil instinto de las síntesis nuevas y personales; que pase por encima y vaya más allá de la corteza y de la apariencia barata de la pluralidad de los fenómenos humanos o cósmicos, y descubra su valor profético, la riqueza de presente y de futuro que llevan consigo. Está claro que, para conseguirlos, ha de saber desprenderse de soluciones fáciles, de condenaciones simplistas, de sumisiones y orientaciones institucionales monolíticas y demasiado bien hechas, que las presiones de grupo, los dirigismos y controles unilaterales y predeterminados suelen llevar consigo.

2. EL EDUCADOR, INDAGADOR DE LA VERDAD DEL HOMBRE

Tenemos fundamentalmente la misma sed de verdad de todos los tiempos: el hombre siempre ha sido ser inquieto e intrigado por las aplicaciones de su ser y su estar en el mundo y en la historia.

Pero hoy su sed de saber tiene, al menos, estas dos notas características:

La preocupación por saber ha crecido a escala geométrica porque los descubrimientos realizados recientemente en la esfera de lo externo —técnica, espacios interplanetarios— y la interioridad —mecanismos profundos de los comportamientos humanos— han provocado una cadena vertiginosa de conocimientos que, a su vez, han acelerado la sed de saber y el saber mismo, de tal modo, que los procesos que en otras épocas requerían milenios o siglos, se realizan hoy en pocas décadas o en menos de diez años⁴.

En segundo lugar, el deseo de conocer y el contenido de los conocimientos han ido centrándose en el misterio del hombre. Incluso la teología tiene hoy signo antropocéntrico: se quieren interpretar los misterios de la religión y de la fe en la perspectiva de la comprensibilidad y de los intereses del hombre. A ello abocan muchos intentos de interpretación de la cristología, de la Trinidad, de no

⁴ Alvin TOFFLER, *El «shock» del futuro*, Plaza y Janés, Barcelona, 1971.

pocos misterios o enigmas de la revelación bíblica; conforme a esta categoría de reflexiones se explica también, al menos en parte, la reducción del misterio de Dios al misterio de la humanidad de Cristo, que muchos teólogos acatólicos intentan llevar a cabo, o la reducción de la religión a sus implicaciones éticas y, más en concreto, al servicio de la humanidad. Véanse, a este respecto, los teólogos de la muerte de Dios.

Nos inquieta lo que somos, lo que seremos, nuestro destino, el sufrimiento se acrece ante la infinidad de opciones posibles en el campo de la actividad productiva, del amor, de la entrega, de la fe. Nunca ha habido, quizás, tanta infelicidad como hoy, porque nunca las opciones fueron tantas y tan dispares.

El deseo de saber, en el hombre, tiene carácter empírico. Le produce fiebre intensa de vivir por propia experiencia la realidad de la verdad, impulsado por su afán de hacerla concreta y suya.

La dificultad y, en muchos casos, imposibilidad de tales experiencias hacen difícilmente asimilable el compromiso a perpetuidad en todas las esferas: del trabajo, del amor, de la consagración religiosa...

Para educador de nuestro tiempo no interesa tanto el hombre de la verdad, de la sola verdad racional, impersonalizada, objetiva, abstraída de la situación, el hombre de la verdad incomprometida. No se acepta, por ejemplo, al educador que pretenda responder a nuestros planteamientos sólo porque la figura que representa, su cargo, le fuerzan a ello; queremos que sus palabras y soluciones representen el eco de su personalísima situación, de su propia angustia. Preferimos la respuesta que nos entrega quintaesenciado el fruto del vivir personal, de la sabiduría construída a fuerza del propio padecer e indagar, aunque la veamos problemática y ansiosa; a la respuesta ya hecha y definida, fruto del solo compromiso disciplinar. Nos es fácil traer a la memoria la imagen enojosa y fría del superior o educador que, frente a nuestro problema, nos responde con clisés hechos, con frases bien pensadas, con palabras inspiradas incluso en la Palabra bíblica, pero no digeridas ni encarnadas en nuestra situación y en la suya. Nos disgusta ese hombre porque no pone su propia carne en el asador, ni nos dice nada de sí, ni expresa los interrogantes existenciales que él mismo se dirige, y que guardan analogía con los nuestros. Y pensamos: «Es verdad todo cuanto nos dice, pero no nos dice nada».

Nos alienta, por el contrario, comprobar que la palabra de nuestro consejero es fruto de su propio dolor, de un proceso laborioso sufrido por él, cuyo término no es tanto esta verdad, cuanto tal vivencia o, si se quiere, una verdad hecha propia, incorporada en lo más hondo de la propia personalidad. Estos hombres rezuman sabiduría, un sentido de las cosas, de la vida, de los hombres y de Dios que en vano encontraremos en los letrados y resabidos, porque la verdad de aquéllos no se distingue del itinerario que ha conformado su vida.

Educa el hombre que no sólo comunica la verdad de la doctrina o del mandamiento o de la ley impuesta...; sino el educador capaz de liberarse para sí mismo y para los otros de modelos prefabricados; de adivinar proféticamente cuál es, para este hombre que le consulta, su verdad personal, la verdad que le hará feliz en una existencia que asuma en una sola realidad los fines sobrenaturales del hombre y su realidad temporal, los objetivos propios de la verdad eterna y su encarnación en la historia.

Se ansía hoy por el educador que haya encontrado su propia verdad; que haya escogido su libertad con sufrimiento; por aquel hombre, en una palabra, para quien la verdad sea fruto de ascesis existencial personal; en el que verdad y propia vida coinciden. Nos hallamos, como se ve, en la esfera de la verdad como testimonio de propia existencia.

Cuando nos acercamos a él para impetrar luz y aliento, nos responden a la vez: el mensaje evangélico, la sabiduría perenne acrisolada en el dolor, el individuo plenamente realizado, el hombre libre de las imposiciones externas de personas y cosas, el pobre de espíritu, el poeta que descubre la verdad de la vida y la canta desde su misterio de belleza interrogante; más bien que el matemático calculador que ve las cosas y personas desde su capacidad productiva o desde sus valores morales.

3. LA EPOCA ACTUAL, PROFUNDAMENTE VITALISTA

Se corre hoy locamente y sin medida tras de cuanto aporta sentimiento, vida y alegría de existir. Todo ello lo expresamos con las más diversas formas corporales. Parece como si nos sintiéramos forzados por una fuerza interior mítica incontenible, a recobrar unos derechos a la vida hasta ahora ignorados porque permane-

cieron secularmente ocultos en lo más hondo de nosotros mismos.

Por doquier tenemos pruebas de esta ansia vital: el movimiento hippy es una opción radical en favor de la vida y el claro enfrentamiento contra los que tratan de enajenarla, oprimirla y reducirla a formalismos o a actividad productiva. En la misma línea se sitúa la proliferación incontenible que han adquirido en estos últimos años los movimientos de juventud, verdaderos signos de los tiempos, concretados en el número creciente de clubs, discotecas, centros para la juventud..., y en esa riada incontenible de expresiones afectivas mediante el canto, la música, los instrumentos ruidosos; cáigase en la cuenta de su contenido vital, que constituye como el más intenso desahogo del alma humana querenciosa de vivir. Reflexiónese en el éxito que están alcanzando los acentos rítmicos y las canciones de los intérpretes —inspirados y contestatarios— del alma humana, de los sentimientos profundos y de las reivindicaciones justas de los pueblos, tales como Tagore, Atahualpa Yupanqui, Cafrune...

Los movimientos religiosos de la juventud en los USA ⁵, son ahora característicos y antes insospechados en un país cuya nota más acusada ha sido siempre la racionalización del trabajo, de la productividad y de la vida. Frente a la imagen del hombre abrumado por exigencias laborales e impulsado por el criterio de la necesidad y del rendimiento, la reacción de la juventud reclama a gritos el culto a la religiosidad, a la gratuidad, a la amistad, a la fiesta, al contacto con los deseos más legítimos y auténticos del hombre; es decir, en una palabra, a la vida.

Es significativo a este respecto el libro reciente de H. Cox, *Las fiestas de locos* ⁶. El autor, en escritos anteriores, había pronosticado precisamente el fin del sentimiento religioso en el hombre moderno. Ese libro demuestra la necesidad y las características de la fiesta como fenómeno auténticamente humano y religioso y como actividad imprescindible del hombre, si se quiere que éste no pierda sus más puras esencias. Trátase de interpretar qué significan las concentraciones masivas de jóvenes en Taizé, atraídos

⁵ J. DUCHESNE, «Jesus Revolution», *made in USA*, Etudes 336, 1972, 803-821.

⁶ Harvey COX, *Las fiestas de locos* (para una teología feliz), Taurus, Madrid, 1972. Cfr. un comentario a este libro: Rufino VELASCO, *Un nuevo Harvey Cox: «Las fiestas de locos»*, Iglesia Viva, 7, 1972, 367-379.

por la fraternidad, la amistad, el ecumenismo, el sentimiento religioso en sus formas más espontáneas, naturales y llenas de vida.

Es muy significativa la importancia que en estos hechos se atribuye al espíritu, al Espíritu Santo, a Pentecostés, que en la tradición bíblica y litúrgica están llenos de resonancias vitales. La expresión misma *Pentecostés* ha dado nombre a algunos de los movimientos religiosos de cuño reciente en los USA.

Este descubrimiento de lo vital en la existencia humana ha surgido en forma de movimientos espontáneos, originados casi siempre desde la base, que nos están impulsando a replantear los criterios sobre la formación, no sólo de niños y adolescentes, sino también de jóvenes y adultos que se preparan apostólicamente en centros de formación pastoral, para convertirse a su vez en formadores de la juventud y de los seglares cristianos.

Cierto conocido catequista, responsable de uno de los Institutos Pastorales más conocidos de Centroeuropa, acaba de realizar un viaje de información y búsqueda de nuevos signos para la Iglesia a lo largo de los centros pastorales de Sur y Centroamérica. Le llamó la atención el relieve que los jóvenes formandos —religiosos, sacerdotes y seglares— atribuyen a la reunión comunitaria, al trabajo en equipo, a las sesiones de sensibilización a las relaciones humanas, a la expresión religiosa mediante el canto, la música, la interacción afectiva, etc. Están convencidos de que se trata de valores que en sí mismos constituyen ingredientes necesarios para la realización y contenido de la fe, y reaccionan con vigor en contra de un tipo tradicional de fe y de formación, cuyo alimento y expresiones se limiten sólo o de modo predominante a formulaciones doctrinales y conceptuales. Creen que la apatía apostólica y la ineficacia proselitista de los cristianos de hoy estriban en la pobreza de sentimientos fuertes y en la incapacidad para las relaciones humanas, para entrar con profundidad en el corazón del hombre. Creen que el modelo tradicional de formación es en buena medida responsable de ello.

Este vitalismo, en fin, posee su filosofía y sus mentores que tratan de demostrar el carácter de verdad y las garantías que ofrecen los estados y procesos vitales respecto del conocimiento de la realidad: Dios, personas y cosas.

¿Qué clase de educador reclaman estas características del hombre?

Que sea hombre sensible a la vida, abierto a sus diferentes expresiones, capaz de entregar todo el tiempo de que dispone, por entero, al hombre y al hombre entero; no apoyándose en los criterios que la sociedad emplea para valorarlo —intelectualidad, rectitud de formas sociales, moralidad incluso, riqueza— sino en el deseo de vida que quien se acerca al educador expresa o deja presentir, en el valor que en sí mismo significa la vida.

El educador debe hoy ponerse al servicio de la vida allí donde ésta se manifieste, incluso si ello le obliga a afrontar conflictos con formas estatuidas teóricamente para suministrar vida, pero, de hecho, carentes de ella. Dichos conflictos irán cada día en aumento. De nada servirá guillotinarlos en nombre de la tradición, de la autoridad, de la ley o del bien parecer.

Este interés por la vida se plasma en una especie de instinto o de sentido nuevo, dotado de antenas cognoscitivas y sensitivas, que adorna al educador de raza, en los tiempos que corren. Al estimular la vida o las prácticas de oración, y al enjuiciar cualitativamente su nivel valorativo, al exponer y comentar los misterios de la fe —la gracia, el pecado, la salvación—, al interpretar, en fin, los acontecimientos históricos de la existencia humana —políticos, sociales, culturales...—, ese educador toma como criterio el coeficiente vital que entrañan, prefiriéndolo a su nivel cognoscitivo o, mejor, mostrando cómo las afirmaciones doctrinales no son más que la elaboración racional de realidades vivas y personales. Debe, por ende, esforzarse en que su papel en todas las tareas mencionadas consista de modo preferente en señalar y, sobre todo, recabar de ellas vitalidad y fecundidad.

Podemos partir de estas bases para resolver el dilema y la tensión frecuentes en la obra educativa entre la multiplicidad de actos culturales, religiosos y educativos, y el coeficiente de compromiso que entrañan.

¿Puede el superior constituido jurídicamente ser también educador?

La pregunta misma parece un reto, y a más de uno puede sonarle a herejía o a demagogia. En efecto, siempre se ha aceptado

como evidente la respuesta afirmativa, porque hasta hace poco los componentes verticales y jerárquicos de la misión del educador constituían sus ingredientes esenciales y casi únicos.

El replanteamiento de la tesis, reclamado por la base y por una concepción más misteriosa, eclesial y mística de los valores y condiciones formales para realizar la obra educativa, nos obliga justamente a dirigirnos la pregunta: ¿en qué medida y condiciones puede el superior constituido como tal, ser también verdadero educador?

Juzgo que debe aceptar este dilema: o ponerse al servicio de la vida y del realismo del educando, y tratar de plegar a ellos la ley y la institución, o dejar de ser educador para convertirse en mero guardián de la ley y de las formas.

En la práctica de su existir cotidiano, ha de elegir opciones claras:

— o *dedicarse por entero al hombre*, adquiriendo incluso nuevos hábitos educativos: disponibilidad, presteza de atención, temperamento social, tiempo psicológico y no sólo cronológico, gusto por las expresiones de la vida, capacidad para entrar a fondo, no tanto en las palabras que describen las situaciones, cuanto en las situaciones mismas, en su singularidad inefable;

— o *convertirse en administrador*, viajante perpetuo, hombre enajenado y ausente que, en su eterna itinerancia, ha perdido la capacidad de pararse y de observar extasiado, de contemplar el misterio de una flor natural que se abre y nos pide tiempo, atención y sosiego para mirarla y adorarla, más bien que liquidar funcionalmente el ornato doméstico encargando por correo flores artificiales a un vendedor sin entrañas.

Me encanta por lo que significa la anécdota que cuentan del famoso pedagogo Piaget. Viajó siempre en bicicleta. Hubo un momento de su vida en que también él cayó en la tentación de todo hombre de su tiempo: sacar el carnet de conducir y adquirir un automóvil. La experiencia fue muy breve y de signo negativo: pasados los primeros momentos de euforia, cayó en la cuenta de que el coche no había sido inventado para él. Lo vendió y retornó a su querida bicicleta que, en su sencillez y modestia, proporcionaba a Piaget la agilidad imprescindible —sólo la imprescindible— para acercarse despacio, sin prisas y con renovada aten-

ción, a los acontecimientos, a las cosas, a los niños sobre todo; en resumen, a la vida. El coche le enajenaba por completo, le sacaba de sí, aumentaba su comodidad física pero le tornaba ausente a la realidad de la vida que era la única razón de su existencia.

A mí me obliga a pensar y me inquieta lo que hoy nos está sucediendo. Los superiores debieran ser ante todo educadores: hombres atentos a la vida, a las personas, a los individuos, a la previsión de los rápidos cambios en sus inferiores e instituciones, que van a reclamar en el futuro, si no los están reclamando ya, nuevos módulos educativos y nuevos comportamientos existenciales, individuales y colectivos. Se siente uno tentado a creer que su capacidad de lectura, de reflexión y de atención a la vida ha disminuido en la medida misma en que han hecho de los instrumentos rápidos de locomoción por las carreteras, conducidos por ellos mismos, sus imprescindibles compañeros y casi diría, sin exagerar demasiado, la condición para asumir su cargo. Acaso no disientirá mucho de mi opinión quien se haya percatado bien de los efectos psicológicos de evasión, de olvido y de inconsistencia que suelen producirse en el hombre asido al volante, a lo largo de horas y horas de camino.

4. Vivimos bajo el SIGNO DEMOCRATICO en todas las esferas de la existencia.

Son múltiples las expresiones de este hecho histórico. Una de ellas es ésta: el triángulo de las influencias educativas se ha invertido. Parece ley inexorable y hecho que hemos de aceptar en lo que significan de aportación positiva. En módulos institucionales pasados o en vías de desaparición, las influencias educativas se situaban en la cúspide de la estructura —superior, autoridad, jefe constituido—. Su palabra era paradigmática, inspirada y quasidivina. Sus oráculos eran objetivos por el hecho de provenir de arriba. Por ello mismo, esta objetividad producía subjetividad —aceptación sumisa, fe en su verdad o, al menos, en sus efectos buenos—. La palabra de la cúspide era centro de referencia para todos. Las excepciones entraban automáticamente en el campo de la sospecha, de la herejía, de la marginación, de la secta y de la expulsión física o moral de la comunidad, que pagaba las consecuencias de tales marginaciones con verdadero empobrecimiento.

De ello era a menudo inconsciente al carecer de otros puntos de comparación. Se daba toda una serie de actos, gestos y ritos individuales y comunitarios que consagraban y fomentaban esta situación y que constituyen datos cualificados para una curiosa fenomenología de aquella mentalidad. Pueden estudiarse los reglamentos, los ordenamientos rituales, los contenidos doctrinales y oracionales impuestos o sugeridos a los individuos e instituciones educativas de épocas recientemente pasadas, para convencernos de su real indigencia en muchos aspectos, tales como los psicológicos, pedagógicos, antropológicos, teológicos... El hecho de que todo ello lo juzguemos desde enfoques actuales relativiza y matisa el mal, pero no lo suprime.

Repetimos: la estructura del triángulo se ha invertido. La implantación de la estructura democrática en todos los sectores de la sociedad, incluidos los religiosos, que hoy se halla sólo en sus momentos primeros y más ambiguos, ha hecho posible el que aflore la entera escala de valores. Estos yacían inhibidos en la totalidad del ser, el humano sobre todo, esperando coyunturas propicias para hacerse presentes.

Algunos indicios significativos: hoy los teólogos importantes influyen en la Iglesia tanto como los documentos romanos; la luminosidad de Taizé no cede a la del Vaticano, al menos en contingentes extensos de cristianos que constituyen fuerzas de juventud y de relevo; el movimiento religioso de la juventud americana, al margen de la jerarquía, supone gran esperanza para la renovación cristiana en extensión y espesor; las comunidades de base, las así llamadas iglesias subterráneas contienen una carga enorme e imprevisible de vida, de riqueza, de espontaneidad y de lozanía religiosa, y pueden servir de indicación y aldabonazo a la otra Iglesia, la oficial. Los individuos que en la comunidad religiosa aportan carismas de religiosidad viva y desbordante, de mansedumbre, acogida y de profecía respecto a los senderos por los que va a encaminarse el futuro, son tanto o más luminosos que el superior que habla en nombre de la ley y se preocupa por conservar el depósito confiado. Al hombre del Espíritu prestamos mayor atención que al representante de la función de gobierno.

Se trata más bien de acentos, de gustos, de preferencias que de oposiciones radicales. Todo —autoridad y gracia— es obra del

Espíritu; pero parece que hoy la interioridad es como el punto de mira, el «princeps analogatum», el valor eje y trascendente a todos los demás valores. No es esto tan innovador ni moderno como podría pensarse. Para los Padres era axiomático que los valores más espirituales e interiores debían constituir algo así como el alma de las funciones de mando y de autoridad en la Iglesia. Las distinciones medievales entre santidad y función, al pretender distinguir conceptos, comprometieron valores que se aseguran mejor cuando el problema se lo estudia globalizando e implicando dialécticamente sus partes que analizándolas y distinguiéndolas demasiado. En efecto, en una Iglesia destinada a salvar parece inviable separar el gobierno de la santidad de sus representantes ⁷.

¿Qué modelo de educador sintoniza con esta inspiración democrática de nuestro tiempo?

Podría creerse que razonamos a base de oposiciones. No es esa, al menos, nuestra intención. Más que contraponer dos tipos de hombres, representantes de dos paradigmas educativos, se quiere sólo resaltar el módulo que guarda mayor afinidad con nuestro tiempo. Este módulo puede y debe encontrarse también en el hombre que representa la institución, a condición de que la entienda en la perspectiva de las fuerzas e influencias educativas que el espíritu democrático ha despertado.

Dentro de este espíritu pensamos que educa todo el que está convencido de que la verdad hecha y totalmente definida no existe, ni procede sólo de instancias superiores, de esquemas fijos y definitivos; ni la hipotecan determinadas instancias. Educa el que está convencido de que la verdad es necesario inducirla ⁸ en la existencia, en las existencias, en todas las personas, en quien sabe y en el que no sabe con un saber con leyes previamente definidas por los que creen saber; quien está más atento a la hondura

⁷ Cfr. José RODRÍGUEZ MEDINA, *Pedagogía de la fe*, Ed. Bruño, Madrid, 1972, pp. 254-257.

⁸ Cfr. P. L. BERGER, *Il brusio degli angeli*, Il Mulino, Bologna, 1969, cap. III.

de la pregunta que se le dirige, a sus dimensiones y sentidos inexpressados con palabras, a su fuerza mítica, cósmica, indagadora de propia realización..., que a perfilar y redondear con palabras hechas su propia respuesta y a ofrecer la clave que pretenda aquietar y aclarar para siempre la totalidad del problema expuesto por el demandante.

Educa el hombre más callado que disertó. Su silencio es expresión discreta y significativa de actividad contemplativa, que indaga en amor y sufrimiento el verdadero sentido, no tanto de la materialidad de la palabra expresada en la pregunta, cuanto de la realidad personal en ella contenida, más allá de la pobreza de los términos verbales.

En un intento tímido de describir la figura de este educador, nos atreveríamos a presentarlo así:

Un hombre que vive entre los otros con sencillez y plenitud. No trata de imponerse ni tiene conciencia de su influencia; pero el *estar con* sus hermanos lleva consigo tanta carga, que nadie puede considerarse ajeno a su mensaje ni reducir a silencio, inhibiéndose, los interrogantes que su educador le plantea. No enseña, no define los valores, ni apenas habla de ellos; los *significa* en la transparencia elocuente de sí mismo. No se pregunta ¿educó o no educó?; pero su vivir constituye toda una gama de módulos existenciales para sus discípulos. Estos, con sólo verlo, entran en verdadera mistagogia personal con él: son portados misteriosamente; en el educador intuyen cómo es posible hoy vivir, cómo se puede en nuestra sociedad compleja seleccionar, elegir, libar la riqueza de lo santo, de lo bueno y de lo fraterno en las nuevas formas que la cultura moderna nos brinda. Cuando sus discípulos y amigos toman conciencia del balance de sus propias adquisiciones y de su proceso de maduración, se ven obligados a reconocer que está pesando sobre ellos —como olas sobre el acantilado del mar— la presencia incisiva de su mentor.

Hoy, a los hombres capaces de esa escucha, callada y fecunda, de la sabiduría de la humanidad, los buscamos con ansiedad como a los profetas, a los poetas y a los místicos, porque sabemos que han recibido de los dioses la clave para interpretar los deseos de nuestro tiempo y el don de transmitir la felicidad a nuestros hermanos.

Concluimos con estas reflexiones que por su mensaje lapidario bien pudieran servir de resumen a todo el artículo y ser meditadas en cada una de sus afirmaciones ⁹.

Soñamos en un tipo de hombre importantísimo para la sociedad del porvenir. Es el sabio, el «sapiens» en el sentido propio y primitivo de la palabra, no en el sentido desvirtuado por la civilización de la imprenta. El hombre que «sapit», que sabe paladear el auténtico sabor de las realidades.

Es maestro, espiritual y profundo a la vez. Especie de 'guru' que ha saboreado en hondura el sentido espiritual de los acontecimientos y de las cosas; que ha gustado vitalmente, con su palabra y acción, lo que predica.

Es un hombre lleno de bondad. Posee el carisma de saber vivir: mezcla del arte del propio vivir y de contar con profundidad a los otros.

Vive en atmósfera de paz y difunde paz con su sola presencia.

Va a lo sustantivo y nunca mira hacia atrás. Los jóvenes corren tras él, pues ya no les interesan los intelectuales y dogmáticos ¹⁰.

⁹ Con parecidas reflexiones concluyó el Padre Babin su cursillo sobre los medios audiovisuales, ofrecido en Madrid a un grupo de educadores durante las Navidades de 1971.

¹⁰ Al redactar este artículo, sobre todo algunos de sus apartados, me venía a la memoria la figura de San Juan de la Cruz como modelo de educador. La distancia temporal de nosotros no amengua su actualidad. San Juan, en efecto, era más sensible a la formación individual y colectiva que al gobierno disciplinar. Su fórmula de influencia era el trato tú a tú. Le gustaba influir sobre los grupos reducidos y sobre los individuos.

No quería que se cargase sobre los jóvenes el peso de las estructuras antes de que tuviesen tiempo suficiente para asimilarlas personalmente poco a poco y en lo vivo.

Le parecía que lo primero en la educación es «reconocer los espíritus y guiarlos», más bien que discursos generales. Era amigo de escuchar, del trato personal, del diálogo. Por eso mereció la estima de los selectos y de los sencillos. (Cfr. Federico RUIZ SALVADOR, *Introducción a San Juan de la Cruz. El escritor, los escritos, el sistema*, Biblioteca de Autores Cristianos, núm. 279, Madrid, 1968, pp. 130-135).